

# NATURALISMO, NOVELA Y SOCIEDAD EN ESPAÑA ENTRE LOS SIGLOS XIX Y XX<sup>1</sup>

**Carmen Ortiz**

Instituto de Lengua, Literatura y Antropología. CCHS, CSIC, Madrid

## RESUMEN

La segunda mitad del siglo XIX es un periodo caracterizado por una muy importante presencia social de la ciencia, que incluso llega a permear las clases populares. Las teorías evolucionistas y algunas figuras como la del propio Darwin aparecen así en ámbitos en principio alejados de los de la creación científica. La utilización de conceptos y leyes de origen biológico para el diagnóstico y la práctica política frente a determinadas realidades sociales problemáticas, como la delincuencia o la pobreza, dio lugar al surgimiento de teorías y escuelas intelectuales que hicieron valer los principios evolucionistas de aplicación biológica al análisis de complejas realidades de desigualdad sociocultural. La atracción por la diferencia y por el método científico, junto a la posibilidad de observación de situaciones de pobreza y desigualdad social que el desarrollo industrial y la modernidad ponían delante de los escritores, provocaron un interés literario por la degeneración, física y cultural, de la humanidad que confluía con el de naturalistas y biólogos.

**PALABRAS CLAVE:** Evolucionismo. Biología. Literatura. Marginalidad. Degeneración.

## NATURALISM, NOVEL AND SOCIETY IN 19-20<sup>TH</sup> CENTURY TRANSITION IN SPAIN

### ABSTRACT

The second half of the nineteenth century in Spain was a period characterized by a strong presence of social science, which even came to permeate the masses. Evolutionary theories and some figures such as Charles Darwin himself were present in areas far from the scientific activity proper. The use of concepts and laws of biological origin for the diagnosis and political practice against certain problematic social realities, such as crime or poverty, gave rise to theories and intellectual schools that asserted the value of evolutionary principles for the analysis of complex realities of socio-cultural inequality. The attraction for difference and the scientific method, with the possibility of observation of poverty and social inequality that industrial development and modernity put

---

<sup>1</sup> La primera versión de este trabajo fue preparada para su presentación en el III Coloquio Internacional História do Darwinismo na Europa e Américas, que tuvo lugar en Manaus (Brasil) entre el 27 y el 30 de septiembre de 2004. Agradezco a los organizadores de dicho coloquio su invitación a formar parte del mismo y, especialmente, a Miguel Ángel Puig-Samper.

forward to the writers, added to the naturalist and biological interest a literary curiosity for the degeneration, both physical and cultural, of that unfortunate part of humanity.

KEY WORDS: Evolutionism. Biology. Literature. Marginalisation. Social Degeneration.

Todo es determinado en la creación; todo es *ocasionado*; todo es *necesario*. El determinismo es la imperante ley universal. Realiza el hombre sus actos como el tigre que desgarrá las carnes de su víctima; como la flor que abre su corola; como la catarata que se despeña en el abismo. Ni hombre, ni tigre, ni flor, ni catarata, son responsables de su manera de obrar<sup>2</sup>.

—¿Qué es usted?

—Médico —dije yo un poco sorprendido de este interrogatorio de presidente de Audiencia.

—¡Ah, médico!

—Sí; también escribo algunos libros.

—De ciencia, claro es.

—De ciencia... y de literatura.

—¿Qué clase de literatura?

—Novelas.

—¿Qué tipo de novelas?

—Así..., de observación de la vida<sup>3</sup>.

## BIOLOGISMO Y DIVULGACIÓN LITERARIA

Una de las características que con más generalidad se atribuyen al siglo XIX, y concretamente a su segunda mitad, es que durante esos años tuvo lugar en el mundo occidental una difusión y popularización sin precedentes de teorías, autores y conceptos científicos no precisamente asequibles ni fáciles de comprender ni aplicar en la vida cotidiana de las masas de población. Se tratará a continuación de esbozar algunos elementos para una historia cultural de las teorías naturalistas puestas en circulación a partir del evolucionismo, viendo en qué formas fueron incorporadas por algunos de los movimientos literarios que, agrupados bajo la rúbrica de «naturalismo», se popularizan en la España del cambio de siglo.

---

<sup>2</sup> AZORÍN [J. MARTÍNEZ RUIZ] (1959), *La sociología criminal. Obras Completas*, I, Introducción, notas preliminares, bibliografía y ordenación por Ángel Cruz Rueda, Madrid, Aguilar, segunda ed. (ed. original, 1899), pp. 441-574, p. 572. Las cursivas son del autor.

<sup>3</sup> BAROJA, P. (1950), *El laberinto de las sirenas*, Madrid, Aguilar (edición original, 1923), p. 32.

La mediación política entre ciencia y sociedad tiene en el transformismo darwinista, y el evolucionismo en general, un caso bien conocido. Es esta una historia llena de paradojas en la que la fe en la ciencia pasaba a ocupar el sitio de la religión en la mentalidad de buena parte de las clases burguesas y trabajadoras. Así, un caso de difusión masiva, más allá de toda lógica «científica» —aunque mucho menos famoso que el del propio Darwin—, es el de la larga vida y familiaridad entre las clases trabajadoras alcanzadas por el libro del etnólogo evolucionista Lewis Henry Morgan, *Ancient Society* (1877) que, a pesar de ocuparse de aspectos técnicos muy particulares, como las distintas clases de terminología del parentesco usadas entre los iroqueses o los hawaianos, fue considerado por Engels y Marx como una fuente recomendable para el conocimiento de la existencia del comunismo entre los grupos primitivos y, como tal, traducido a buena cantidad de lenguas, reeditado en múltiples ocasiones por editoriales obreras y socialistas, y su autor, un abogado burgués y cristiano, considerado como digno de ser incluido por la Academia de Ciencias Soviética entre los clásicos del pensamiento científico<sup>4</sup>.

Muchos autores han mostrado cómo la recepción y extensión social del darwinismo tuvo un carácter poco sistemático, dando lugar a interpretaciones —y lo que es más importante, aplicaciones prácticas en el terreno social y político— no sólo superficiales o erróneas, sino contradictorias, a lo cual hay que unir la variabilidad de los principios del evolucionismo: monismo, lamarckismo, mono-poligenismo, etc.<sup>5</sup> Para el terreno que nos interesa aquí —es decir, el de la extensión social del evolucionismo— conviene detallar que, en general, los escritores, estudiosos, políticos, e incluso los científicos, se refieren al evolucionismo como teoría que explica el origen y la variabilidad de los seres vivos (incluida la humanidad) por la ley natural, y que esa ley natural funciona unilinealmente progresando desde lo más sencillo a lo más complejo. Los principios de la lucha por la vida y la selección natural de los más aptos, la herencia de los caracteres adquiridos, etc., aunque también generalizados, fueron más discutidos o adaptados de forma interesada y variable, en función de la ideología o la filosofía social que se quisiera legitimar<sup>6</sup>.

---

<sup>4</sup> LOWIE, R. (1974), *Historia de la etnología*, México, FCE (edición original en inglés, 1937), p. 72.

<sup>5</sup> VERGATA, A. La (2002), Darwinismo sociale e Lamarckismo sociale: «Lotta» e «sforzo». En PUIG-SAMPER, M.A., RUIZ, R. y GALERA, A. (eds.), *Evolucionismo y cultura. Darwinismo en Europa e Iberoamérica*, Madrid, Junta de Extremadura-UNAM- Ediciones Doce Calles, pp. 183-198.

<sup>6</sup> VERGATA, A. La (1996), Lamarckisme et solidarité, *Asclepio*, 48 (1), pp. 273-288; Gi-

En un sentido general, habría que introducir el darwinismo y los evolucionismos decimonónicos en el contexto del biologismo o naturalismo como paradigma imperante en ese momento, y ponerlo en relación con la todavía más vieja confrontación filosófica entre naturaleza y cultura; a su vez, parte de la dicotomía espíritu-materia que conforma en buena medida el pensamiento filosófico occidental desde los clásicos. Así, la influencia conseguida por el evolucionismo en su aplicación sociológica por Herbert Spencer depende de la facilidad con que se reconoce en la teoría de este un organicismo de base. La comparación del cuerpo social con el organismo biológico es una idea pedagógica y plástica, fácil de retener y, como toda metáfora, plena de sugerencias y posibilidades de desarrollo, que explica la enorme influencia de libros como el de R. Worms<sup>7</sup>.

Pero, si puede hablarse de ambigüedades y laxitud en las interpretaciones del evolucionismo en medios científicos e intelectuales de Alemania, Francia y los países anglosajones, en España, la introducción y las polémicas a que dio lugar el darwinismo no dejan de ser superficiales y miméticas en lo que se refiere a sus principales descubrimientos científicos (con las excepciones conocidas de Simarro, la escuela histológica de Cajal, etc.)<sup>8</sup> y, en cambio, podríamos decir que «floridas» o retóricas en cuanto a las confrontaciones filosóficas o ideológicas de que son el motivo<sup>9</sup>. Así, poco se escribe original sobre los propios procesos de la evolución de las especies o de los principios biológicos de la selección natural y mucho en cambio sobre el libre albedrío y la insensibilidad animal del materialista<sup>10</sup>.

---

RÓN SIERRA, A. (1996), *Evolucionismo y anarquismo en España 1882-1914*, Madrid, CSIC; GIRÓN SIERRA, A. (1999), La economía moral de la naturaleza: darwinismo y lucha por la existencia en el anarquismo español (1882-1914). En GLICK, T., RUIZ, R. y PUIG-SAMPER, M.A. (eds.), *El darwinismo en España e Iberoamérica*, Madrid, CSIC-UNAM-Ediciones Doce Calles; GIRÓN SIERRA, A. (2005), *En la mesa con Darwin: evolución y revolución en el movimiento libertario en España (1869-1914)*, Madrid, CSIC; LITVAK, L. (1990c), La poesía científica anarquista. En *España 1900. Modernismo, anarquismo y fin de siglo*, Barcelona, Anthropos, pp. 301-308.

<sup>7</sup> WORMS, R. (1895), *Organisme et Société*, París, Girard et Briève.

<sup>8</sup> GLICK, T. (1982), *Darwin en España*, Barcelona, Crítica; PUIG-SAMPER, M.A. (1999), El darwinismo en la antropología española. En GLICK, RUIZ y PUIG-SAMPER (1999), pp. 153-167.

<sup>9</sup> NÚÑEZ RUIZ, D. (1977), *El darwinismo en España*, Madrid, Castalia, pp. 43-58.

<sup>10</sup> Ver al respecto la indispensable obra de referencia de GOMIS, A. y JOSA, J. (2007), *Bibliografía crítica de las obras de Darwin en España*, Madrid, CSIC.

De un modo paralelo puede decirse que si la aparición del transformismo y del propio Darwin como motivos literarios en la novela inglesa produce obras de ficción tan considerables como *El mundo perdido* de Arthur Conan Doyle, o en otra clave, de crítica satírica al darwinismo biológico y social desde una postura religiosa, el libro de Gilbert Keith Chesterton, *The overlasting Man* (1925), o de difusión vulgarizadora como el influyente esquema de Wells, *The Outline of History* (1920), nada comparable puede contarse en España. A pesar de ello, pueden señalarse entre los grandes escritores españoles, por ejemplo, los de la generación del 98, algunas obras importantes en cuyo trasfondo aparece claramente la polémica darwinista, insertada en la contraposición espíritu-materia, y más directamente herencia-educación o determinismo biológico-relativismo sociocultural. Así, en los primeros años del siglo XX, se publican dos obras muy relevantes en que subyace esta influencia del transformismo: *Amor y pedagogía* de Miguel de Unamuno (1902)<sup>11</sup> y en 1904-1905 la trilogía de Pío Baroja *La lucha por la vida*, constituida por *La busca* (1904), *Mala hierba* (1904) y *Aurora roja* (1905). En esta última, de resonante título evolucionista, no es tanto la cuestión del determinismo biológico y de la herencia, que Unamuno traía al meollo filosófico del argumento de *Amor y pedagogía*, lo que se pone en valor<sup>12</sup>, sino aspectos que tienen que ver con la adaptabilidad del individuo en un medio social hostil, guiada su actuación, no por los principios morales básicos establecidos por la sociedad burguesa, sino por los biológicos de la supervivencia del más apto en un medio «natural» que es el de la pobreza y que, sobre todo en *La busca*, aparece tratado no siguiendo el clásico hilo argumental, sino como una serie de «observaciones minuciosas y fragmentarias de la vida captada al natural»<sup>13</sup>. El escritor observa desde arriba, con la distancia con que lo haría un naturalista, «un mundo en pequeño, agitado y febril, que bullía como una gusanera»<sup>14</sup>. Lo

<sup>11</sup> Analizada exhaustivamente por GARCÍA GONZÁLEZ, A. (s.p.), Darwinismo y evolución en la literatura española. Ponencia presentada en el III Coloquio Internacional História do Darwinismo na Europa e Américas, Manaus, 27-30 septiembre, 2004.

<sup>12</sup> MARISTANY, L. (1973), *El gabinete del doctor Lombroso (Delincuencia y fin de siglo en España)*, Barcelona, Anagrama, pp. 103-104.

<sup>13</sup> NORA, E. De (1982), *La lucha por la vida (1904-1905)*. En MAINER, J.C., *Modernismo y 98*, tomo VI de RICO, F. (dir.), *Historia crítica de la literatura española*, Barcelona, Editorial Crítica, p. 364.

<sup>14</sup> Así se refiere el autor a la vida en la «corrala». BAROJA, P. (1946), *La busca. Obras Completas*, I, Madrid, Biblioteca Nueva, p. 288. Un poco más adelante vuelve a utilizar la expresión «bullía como una gusanera», refiriéndose a una reunión de mendigos, BAROJA (1946), p. 291.

observa como un etnógrafo hace trabajo de campo; hasta el punto de que Caro Baroja mencionó estas obras de su tío y de otros coetáneos como un antecedente de la que será luego una corriente famosa de la antropología norteamericana: la antropología de la pobreza<sup>15</sup>. En coincidencia cronológica, en 1905 se publica otra importante novela también ambientada en los cinturones de miseria que rodeaban Madrid, *La horda*, de Vicente Blasco Ibáñez.

Pero incluso, yendo un poco más allá en la comparación con el mundo anglosajón, puede apuntarse la influencia de escritores ingleses divulgadores del evolucionismo como H.G. Wells y Bernard Shaw (*Back to Methuselah*, 1921), reconocida por Ricardo Baroja en una obra de ciencia-ficción clasificable como darwinista, *El pedigree* (1926), que describe la utopía de un mundo regido por las leyes de la eugenesia, y que se adelanta en el tiempo a la mundialmente famosa de Aldous Huxley *Un mundo feliz*<sup>16</sup>.

Con todo, a Julio Caro Baroja, buen conocedor de la antropología y la literatura españolas del cambio de siglo y que además mantuvo relaciones familiares o personales con muchos de los escritores españoles de este momento, el debate darwinista le «parece cosa un poco postiza o, si se quiere, de “Cultura traducida”»<sup>17</sup>. Para un momento anterior, atestigua lo mismo Pérez Galdós cuando, en *Fortunata y Jacinta*, refiriéndose a las costumbres de los estudiantes madrileños de los años 1865-68, dice:

Por aquellos días no era todavía costumbre que fuesen al Ateneo los sabios de pecho que están mamando la leche del conocimiento [...] Los temas más sutiles de Filosofía de la Historia y del Derecho, de Metafísica y de otras ciencias especulativas (pues aún no estaban de moda los estudios experimentales, ni el transformismo, ni Darwin, ni Haeckel) eran para ellos, lo que para otros el trompo o la cometa<sup>18</sup>.

Diego Núñez ha aludido también a la escasa presencia del darwinismo en la literatura coetánea a su introducción en España, aunque resaltando la frecuencia del uso de términos biológicos en obras de Clarín y Pérez Galdós, o casos más anecdóticos, como el del personaje de Máximo Juncal, médico rural gallego de *Los pazos de Ulloa*, apelando continuamente para justificar la

<sup>15</sup> CARO BAROJA, J. (1979), Literatura y antropología en el panorama español de fines del siglo XIX y las primeras décadas del XX, *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid*, 5, 11-56, pp. 29-30.

<sup>16</sup> GARCÍA GONZÁLEZ (s.p). (2004).

<sup>17</sup> CARO BAROJA (1979), p. 22.

<sup>18</sup> PÉREZ GALDÓS, B. (1985), *Fortunata y Jacinta. Dos historias de casadas*, Madrid, Cátedra (edición original, 1887), pp. 105-107.

autoridad de cualquiera de sus juicios a *El origen de las especies*<sup>19</sup>. Posteriormente, en *La lucha por la vida* de Pío Baroja, aparece una sencilla definición de este principio biológico, aplicado al sistema político español. Para uno de los personajes anarquistas que aparecen en *Aurora Roja*:

En un pueblo donde hay un cacique no se pregunta si el cacique tiene razón o no tiene razón, sino si tiene fuerza. Es el más fuerte..., pues tiene razón... Es la ley natural..., la lucha por la vida<sup>20</sup>.

Un poco más adelante, en esa misma novela, hay una nueva referencia a la base biológica en que puede sustentarse una interpretación científica de la estructura social. En este caso, aunque tampoco exenta de ironía y trasluciendo el escepticismo del autor, la propuesta aparece más elaborada, quizá por provenir de un anarquista extranjero —un judío ruso— que explica la creación del «protýlo»:

Para Ofkin, la cuestión social era una cuestión de química, de creación de albuminoides por síntesis artificiales. Transformar pronto las sustancias inorgánicas en orgánicas: ésta era la base para resolver la lucha por la vida. Que tantos millones de hombres inorganizan tanta cantidad de sustancia orgánica, pues todo es cuestión de volver a organizarla. Esto, aseguró el ruso que se había hecho ya; se estaba trabajando en crear el protýlo, una sustancia protoplasmática primitiva parecida al bathybyus de Haeckel, con vida y crecimiento. De aquí a la creación de la célula no había más que un paso<sup>21</sup>.

Por otro lado, y aunque no puedan considerarse representativos de la calidad literaria general de los antidarwinistas, no dejan de ser significativos del tono general de la polémica en España los versos dedicados en 1887 por el canónigo Ramiro Fernández Valbuena, bajo el pseudónimo de D.<sup>a</sup> Clara de Sintemores<sup>22</sup>, a criticar el libro *El darwinismo, sus adversarios y sus defensores*, de Máximo Fuertes Acevedo, director del Instituto de Badajoz, y que reproduce Diego Núñez<sup>23</sup>:

<sup>19</sup> NÚÑEZ RUIZ, D. (1982), Positivismo, darwinismo y literatura. En ZAVALA, I.M., *Romanticismo y Realismo*, Tomo V de RICO, F. (dir.), *Historia crítica de la literatura española*, Barcelona, Editorial Crítica, pp. 689-691.

<sup>20</sup> BAROJA, P. (1946), *Aurora Roja. Obras Completas*, I, Madrid, Biblioteca Nueva. La obra completa entre las páginas 509-645 (edición original, 1904), p. 557.

<sup>21</sup> BAROJA (1946), pp. 572-573.

<sup>22</sup> GOMIS, A. y JOSA, J. (2002), Iconografía darwiniana en España. En PUIG-SAMPER, RUIZ y GALERA (eds.), p. 156.

<sup>23</sup> NÚÑEZ RUIZ (1977), p. 154.

*Un canto rodado*

El amibo o amiba,  
Que del agua nació con alma viva,  
Cuando le dio la gana  
En pez se transformó, si no fue en rana:  
Ensanchando más tarde sus pellejos  
Formó... varios bichejos.  
De estas transformaciones como fruto  
Resultó el Director de un Instituto.  
Si este sigue la norma  
Veremos en qué bicho se transforma.

Tanto estos versos como el texto antes citado de Pérez Galdós nos remiten a un momento anterior a la generación brillante de escritores del 98. Vayamos ahora, pues, un poco hacia atrás en el tiempo, a las décadas de los ochenta y noventa del siglo XIX, y veamos una distinta plasmación del paradigma positivista, que no puede confundirse con el transformismo darwinista ni con otros evolucionismos, pero que, sin embargo, entronca directamente con esa visión biologista del desarrollo del organismo social y su funcionamiento anómalo —degeneración— que nos interesa relacionar con las teorías de la evolución.

#### NATURALISMO LITERARIO Y NATURALISMO BIOLÓGICO

Por naturalismo se conoce en la historia de la literatura a un movimiento surgido en Francia en la década de 1880 y que tiene a Zola y los Goncourt como sus máximos exponentes. Este término, aplicado en primer lugar a la pintura, pretendía representar la Naturaleza con realismo<sup>24</sup>, al modo en que el naturalista describe el mundo. Es decir, partiendo de la observación minuciosa, la experimentación en el propio ambiente y aplicando una distancia moral a la mirada sobre la conducta de los seres naturales. Pero en su práctica literaria, además, la realidad que interesaba representar fielmente era aquella más alejada de la «artística», bella o espiritual que tradicionalmente se consideraba de interés preferente para el artista y el escritor, y así, las cárceles, los barrios bajos de las ciudades, los manicomios, los mercados, serán el ambiente,

---

<sup>24</sup> ESTÉBANEZ CALDERÓN, D. (1996), *Diccionario de términos literarios*, Madrid, Alianza Editorial.

el hábitat, en el que se muevan los «nuevos» personajes: golfos, prostitutas, degenerados, delincuentes, obreros.

En la obra literaria de Émile Zola y, desde luego, en su propuesta metodológica de que la novela debe ser una obra «experimental» y científica, son claras las influencias del método experimental de Claude Bernard, el determinismo biológico y racial de Prosper Lucas, el degeneracionismo de Morel y Magnan, la teoría del atavismo de Lombroso y los principios transformistas de Darwin<sup>25</sup>. Como se ha señalado<sup>26</sup>, las décadas finales del siglo XIX representan una identificación sin precedentes de arte y ciencia, llevada a cabo a partir del principio de la investigación experimental positivista y, así, la psiquiatría y la medicina supondrán una fuente de inspiración constante para los seguidores de los principios expuestos por Zola en su obra doctrinal *Le roman expérimental* (1880). El que será su seguidor más fiel en España, representante del «naturalismo radical», Eduardo López Bago, postulará la práctica de la «novela médico-social»<sup>27</sup>, para la que hay un precedente en la «novela fisiológica» propuesta por otros autores, como Francisco de Sales Mayo en novelas como *La condesita (Memorias de una doncella)* (1869) y *La chula. Historia de muchos* (1870)<sup>28</sup>.

Los aspectos más «darwinianos» de las novelas naturalistas tienen que ver con el ambiente de lucha encarnizada por la supervivencia que presentan y con la importancia dada a la herencia biológica<sup>29</sup>, pero son sobre todo otros dos grandes temas, el determinismo, radical y pesimista, y la degeneración, junto al interés por los aspectos más materialistas (o cercanos a la animalidad) de los personajes —el sexo, fundamentalmente—, los que emparentan esta literatura, empeñada en mostrar pormenorizadamente las funciones más bajas —en el sentido de más cercanas a la naturaleza— del organismo social. El mercado en *El vientre de París* de Zola, pero también el manicomio de Leganés o el personaje del niño monstruoso con macrocefalia que aparecen en *La*

<sup>25</sup> HUERTAS GARCÍA-ALEJO, R. (1985), *Medicina y ciencia en el naturalismo de Emilio Zola*, Madrid, Universidad Complutense.

<sup>26</sup> HUERTAS GARCÍA-ALEJO, R. (1987), *Locura y degeneración*, Madrid, CSIC, p. 160.

<sup>27</sup> FERNÁNDEZ, P. (1995), *Eduardo López Bago y el naturalismo radical. La novela y el mercado literario en el siglo XIX*, Ámsterdam, Rodopi.

<sup>28</sup> FERNÁNDEZ, P. (2004), La retórica de la intimidad y los orígenes de la novela médico-social en la obra de Francisco de Sales Mayo. En ORTEGA M.L. (ed.), *Ojos que ven, ojos que leen. Textos e imágenes en la España isabelina*, Madrid, Visor, pp. 121-150.

<sup>29</sup> HUERTAS GARCÍA-ALEJO, R. (2002), Darwinismo y darwinismo social en la obra de Zola. En PUIG-SAMPER, RUIZ y GALERA (eds.), p. 118.

*desheredada* (1881) de Pérez Galdós<sup>30</sup>; y, más matizadamente, la degradación bestial de ciertos personajes de Emilia Pardo Bazán en *Los Pazos de Ulloa* (1886) y *La madre naturaleza* (1887), o la barbarie atávica de los labradores pobres que se presentan en *La Barraca* de Blasco Ibáñez son el retrato, al menos intencionalmente «fiel», de un marco social paralelo al que se plantea en obras científicas pertenecientes al darwinismo social o la eugenesia.

No obstante, serán los seguidores del bautizado por Alejandro Sawa como «naturalismo radical» —el mismo Sawa, López Bago, J. Zahonero, E. Sánchez Seña, R. Vega Armentero, E.A. Flores, J. de Siles, etc.— los que asumirán de forma más directa los postulados expuestos por Claude Bernard en su *Introducción al estudio de la medicina experimental* (1865). Así, la fisiología, el positivismo, el evolucionismo y el determinismo serán los principios teóricos que estos autores llevarán a la práctica en sus novelas, que focalizan en el tratamiento de temas sexuales, ambientándolos además en buena medida en los lugares marginales o más sórdidos de la sociedad, y para cuya explicación recurren de forma general a modelos médicos, en concreto sexológicos y psiquiátricos<sup>31</sup>. La unión de la cuestión social y sexual, junto con la preeminencia de una imagen masculina tradicional de la sexualidad femenina, convierten a la prostituta en heroína y personaje central, casi arquetípico, de las novelas de estos autores, comenzando por *La prostituta. Novela médico-social* de López Bago<sup>32</sup>.

Aunque la obra de Zola y el resto de los naturalistas franceses no tenía un carácter revolucionario, su materialismo sin ambages, su feroz crítica de la hipocresía moral burguesa y la exhibición pública de aspectos de la intimidad,

---

<sup>30</sup> Sobre los elementos de degeneración, obscenidad y marginalidad en la obra de Pérez Galdós, ver la obra fundamental de FUENTES PERIS, T. (2003), *Visions of Filth: Deviancy and Social Control in the Novels of Galdós*, Liverpool, Liverpool University Press.

<sup>31</sup> FERNÁNDEZ, P. (1997), Moral y «scientia sexuales» en el siglo XIX, el eros negro de la novela naturalista. En CRUZ CASADO, A. (ed.), *El cortejo de Afrodita. Ensayos sobre literatura hispánica y erotismo, Analecta Malacitana*, Anejo XI, p. 192; FERNÁNDEZ (2004), p. 131.

<sup>32</sup> Publicada en Madrid, Juan Muñoz y Cía. Editores, sin año. Otras obras de esta temática que alcanzaron igual éxito de ventas son: SAWA, A. (1885), *La mujer de todo el mundo*; ZAHONERO, J. (1884-1885), *La vengadora*; SILES, J. De (1886), *La seductora*; SÁNCHEZ SEÑA, E. (1886), *Las ramerías de salón (Páginas de la deshonra y vicios sociales)*; VEGA ARMENTERO, R. (1887), *Doble adulterio. El fango del boudoir*. Ver, sobre este tipo de literatura, SIMÓN PALMER, M.C. (1994), La prostitución en la novela madrileña del siglo XIX (Realidad social y representación novelística). En CARRASCO, R. (ed.), *La prostitution en Espagne. De l'époque des Rois Catholiques à la IIe. République*, Besançon, Université, pp. 359-372; FERNÁNDEZ, P. (1999), El eros prostituido de la novela naturalista, *Historiar*, 2, pp. 71-83.

considerados hasta entonces como tabú fuera de la vida privada<sup>33</sup>, convirtieron al movimiento en un gran éxito de público y, a la vez, en el objeto preferente de las críticas más retrógradas, que veían como el «hombre», hasta entonces un ente trascendente y espiritual, era «naturalizado», es decir, convertido en un animal más.

En España, a pesar de que puedan contarse adhesiones al naturalismo de importantes escritores, muy pronto van desertando del movimiento, con alguna excepción como el Clarín de *Su único hijo* (1891). Pérez Galdós, aunque ya en *Fortunata y Jacinta* habla de «naturalismo espiritual»<sup>34</sup>, abandona método y temática desde *Ángel Guerra* (1890-91) y, en el mismo año, Pardo Bazán publica *Una cristiana* y *La prueba*, obras nada proclives al mantenimiento del dogma naturalista<sup>35</sup>. Las principales críticas y reticencias frente al zolismo en España se refieren a su intolerable pesimismo materialista y su inmoralidad en lo referente a la sexualidad, que chocan con el principio metafísico cristiano del libre albedrío, pero también con el sentido último trascendente y la psicología espiritualista y casta que, supuestamente, caracterizan al español<sup>36</sup>. En cambio, y teniendo en cuenta que la crítica se mueve exclusivamente en el plano ideológico, no parecen ser considerados tan «peligrosos» otros aspectos, como el ataque que se hace en muchas de estas obras a la injusticia de un sistema socioeconómico tremendamente desigual, ni a su presentación del sindicalismo obrero como un movimiento emergente.

Las florituras argumentales a que Emilia Pardo Bazán debe recurrir para intentar aunar su reconocimiento del «genio» de Zola con su ideología católica y socialmente conservadora quedan claras en *La cuestión palpitante* (1883)<sup>37</sup>, obra paradójica que le sirve a la vez para manifestar las ideas del movimiento que supuestamente representa y para criticarlo desmedidamente. A pesar de que el libro fue considerado como un manifiesto —y escrito además por una mujer— a favor de la «pornografía» francesa, lo cierto es que el

<sup>33</sup> FERNÁNDEZ (1997), p. 192; FERNÁNDEZ (2004), p. 131.

<sup>34</sup> FUENTES PERIS, T. (1996-1997), The Control of Prostitution and Filth in “Fortunata y Jacinta”: The Panaoptic Strategy in the Convent of Las Micaléas, *Anales galdosianos*, 31-32, pp. 35-52.

<sup>35</sup> ESTÉBANEZ CALDERÓN (1996).

<sup>36</sup> FERNÁNDEZ, P. (1996), Orígenes y difusión del naturalismo: la especificidad de la práctica hispana, *Revista de Literatura*, LVIII, pp. 115, 107-120.

<sup>37</sup> Primero publicada en forma de artículos, recogidos después como libro: *La cuestión palpitante*, Madrid, Imp. Central, 1883, con un prólogo de Clarín. Ver respecto a estas cuestiones el libro de GARCÍA GUERRA, D. (1990), *La condición humana en Emilia Pardo Bazán*, La Coruña, Anteo.

determinismo hereditario y ambiental que preconiza Zola y la perspectiva científica, muy parecida a la del biólogo o el médico, que el escritor debía emplear para describir todo lo feo, lo miserable, lo proletario —incluyendo prácticamente todos los tabúes sociales y sexuales impuestos por las clases biempensantes— «no pudo por menos de repugnar a una mujer cuyo padre fue ennoblecido por el Vaticano cuando ella ya tenía veinte años»<sup>38</sup>.

Si la ciencia —y en concreto las ciencias de la vida— ya vimos que ocupa un lugar preeminente en el pensamiento social decimonónico, el criminal (el delincuente y el loco) se convierte en un personaje central para esas ciencias y para los intelectuales en general<sup>39</sup>. Las nuevas condiciones de vida que habían creado la industrialización y el maquinismo habían —por así decirlo— abierto las esclusas a la masa desfavorecida, de forma que proletarios y golfos convivían en las ciudades, separados, desde luego, pero aún así demasiado cerca de los acomodados burgueses; hasta el punto de que podían observarse muy bien las condiciones de hacinamiento y miseria en que existían y las lacras físicas y morales que padecían. Frente a esta nueva situación, la ciencia (la Medicina, la Antropología, el Derecho), y concretamente los principios darwinistas aplicados al análisis social, posibilitan establecer diagnósticos y correctivos que, de acuerdo con la moral burguesa, estarían en todo fundados en la razón y el conocimiento positivo, pero sin enfocar las causas económicas y políticas concretas de la marginalidad y el crimen.

#### OBSERVACIÓN DE LOS BAJOS FONDOS, CIENCIA Y LITERATURA

Estos nuevos mundos no hicieron sino atraer a los estudiosos convencidos de que el conocimiento de la sociedad según los principios de la ciencia positiva que ellos propugnaban era la base desde la que construir una política y un mundo mejor y más desarrollado. Para ello, las nuevas metodologías de observación de la realidad llevarán asociadas una auténtica corriente de inmersión u observación directa sin intermediarios, en esta «otra», pero muy cercana, situación de la humanidad recluida en hospitales, manicomios, cárceles, barrios marginales, fábricas e inclusas. Entre los muchos «observadores» de los bajos fondos que albergaban las grandes ciudades ya hemos visto que ocupan un lugar destacado Zola y los literatos naturalistas; incluso los menos

<sup>38</sup> SHAW, D.L. (1983), *Historia de la literatura española. El siglo XIX*, Barcelona, Ariel, segunda edición., p. 238.

<sup>39</sup> PESET, J.L. (1983), *Ciencia y marginación*, Barcelona, Crítica; HUERTAS (1987), p. 105.

propriadamente tales, como Pardo Bazán, hacen su inmersión en ese ambiente y, así, puede considerarse que la novela de doña Emilia *La tribuna* (1883) es uno de los primeros reflejos literarios españoles de la vida de la clase trabajadora urbana, para cuya elaboración la autora pasó dos meses observando y tomando notas sobre lo que acontecía en una fábrica de tabaco<sup>40</sup>.

Pero quienes harán del estudio del delito y el delincuente una ciencia «positiva» y divulgarán sus saberes y sus procedimientos por toda Europa —hasta alcanzar ellos y sus principios un grado de popularidad considerable— serán los miembros de la escuela médico-legal italiana encabezada por Cesare Lombroso<sup>41</sup>. Como se ha señalado, la teoría de Lombroso podía ser muy útil para el control social, pero su principio del atavismo presentaba elementos muy poco fiables desde el punto de vista científico. La identificación del delincuente con el hombre primitivo y la aparición de problemas en la evolución que harían surgir en individuos aislados rasgos atávicos filogenéticos son elementos difíciles de admitir en la ortodoxia evolucionista<sup>42</sup>. Pero la aplicabilidad predictiva del delincuente nato al asunto de la identificación de locos y criminales (*L'uomo delinquente*, 1876) y su extensión posterior al ámbito de la política (*Il delitto politico e le rivoluzionni*, 1890, con R. Laschi; *Gli anarchici*, 1894) y al mundo del arte y la literatura (*Genio e follia*, 1864; *L'uomo di genio*, 1889; *Genio e degenerazione*, 1897) harán de él una figura famosa y polémica que rebasa con mucho los límites de la práctica de la antropología o la biología y alcanza de lleno a la literatura. Esta trascendencia queda clara en la influyente obra de Max Nordau, *Degeneración*<sup>43</sup>, dedicada a demostrar, en la estela lombrosiana, que los supuestos «genios» Zola, Ibsen, Wagner, etc., no son sino degenerados<sup>44</sup>, y en la de su seguidor en España, Pompeyo Gener<sup>45</sup>. También Enrico Ferri dedica al tema un libro, *I delinquenti nell'arte* (traducido al español en 1899). Scipio Sighele, otro seguidor de Lombroso, jurista, alumno de Ferri, y autor de numerosas obras sobre las formas delincuentes de la masa (*La folla delinquente*, 1891; *La delinquenza settaria*, 1897; *L'intelligenza della folla*, 1903), publica varios ensayos —traducidos al espa-

<sup>40</sup> SHAW (1983), pp. 239-240.

<sup>41</sup> PESET, J.L. y PESET, M. (1975), *Lombroso y la escuela positivista italiana*, Madrid, CSIC.

<sup>42</sup> PESET, J.L. (2002), La familia Lombroso y el evolucionismo. En PUIG-SAMPER, RUIZ y GALERA (eds.), p. 176.

<sup>43</sup> Traducción española de Nicolás Salmerón. Madrid, Librería de Fernando Fe, 1902, 2 vols.; original en alemán, 1892-93.

<sup>44</sup> HUERTAS (1987), pp. 158-173.

<sup>45</sup> GENER, P. (1894), *Literaturas malsanas. Estudios de patología literaria contemporánea*, Madrid, Fernando Fe.

ñol— dedicados a estudiar si los tipos de degenerados que nos presentan d'Annunzio, Eugenio Sué y Zola «responden o no a la verdad científica» y a analizar la figura de la mujer en la obra de escritores como Ibsen o Ellen Key<sup>46</sup>.

En España, además de la influencia de estas obras, atestiguada por las numerosas traducciones que se hacen de ellas, pueden contarse también ciertas iniciativas propias. Así, con un enfoque «eclectico» y «espiritualista» que, en realidad, se encuadra bien en el pensamiento reaccionario católico español, presente en las polémicas darwinistas, se publica en Madrid en 1896 un libro —«bastante mediocre» en opinión de Maristany<sup>47</sup>— de Benito Mariano Andrade, *La antropología criminal y la novela naturalista*, que expone a la vez una crítica del naturalismo por pretender tener un carácter científico y de la antropología criminal por atentar contra el espiritualismo y el libre albedrío que «humanizan» al hombre, y hace un repaso de las coincidencias, en lo que se refiere a estos puntos, entre el movimiento literario y la corriente científica<sup>48</sup>.

*La bestia humana* (1890) es la novela de Zola en que más directamente se aprecia la influencia de Lombroso. Y sólo un año después se publica la que ha sido considerada como la única novela española lombrosiana, *La piedra angular*, obra que pertenece a la fase última de la carrera literaria de Emilia Pardo Bazán<sup>49</sup> y que ya en su momento sufrió severas críticas por ser más producto de la moda y la oportunidad que de verdadera calidad<sup>50</sup>. Si en otros casos se ha señalado como uno de los valores del «naturalismo» de Pardo Bazán la observación directa de las situaciones noveladas, en esta ocasión la documentación del ambiente carcelario parece perder sitio ante la «teoría» criminológica, escasa y no muy bien asimilada<sup>51</sup>, que aparece, bien superpuesta y un tanto postiza, en boca de algunos personajes (discusiones profesionales de Moragas y Lucio Cebrero), o bien en la descripción mimética y superficial de los rasgos físicos (aparición de los estigmas del delincuente nato en el verdugo Juan Rojo) de una forma que fue también criticada en su época por Bernaldo de Quirós, diciendo que «no pasa de los cráneos a los

<sup>46</sup> SIGHELE, S. (1910), *Literatura trágica*, Madrid, Imprenta de Enrique Teodoro y Alonso; SIGHELE, S. (1921), *La mujer y el amor*, Madrid, Calpe.

<sup>47</sup> MARISTANY (1973), p. 93.

<sup>48</sup> ANDRADE, B.M. (1896), *La antropología criminal y la novela naturalista*, Madrid, Est. Tip. Sucesores de Rivadeneyra.

<sup>49</sup> PARDO BAZÁN, E., *La piedra angular*, Madrid, Imp. de A. Pérez Dubrull, (edición original 1891).

<sup>50</sup> MARISTANY (1973), p. 97.

<sup>51</sup> MARISTANY (1973), pp. 98-103.

cerebros y a las actitudes»<sup>52</sup>. La misma falta de información y documentación científica de primera mano ha sido señalada para otros textos donde se nota la influencia de la antropología criminal italiana, como la pieza teatral *El estigma* de Echegaray (1895). En dos novelas de Armando Palacio Valdés, *La Fe* (1892) y *El origen del pensamiento* (1894) aparece, en clave de parodia, una imagen de la antropología criminal como conocimiento engañoso que puede llevar, precisamente por su exceso de materialismo y experimentalismo, a producir resultados falsos y desastrosos<sup>53</sup>. La caricatura que se hace del procedimiento de dos investigadores en una ficticia «excursión antropológica» en *El origen del pensamiento*, no supera, a mi juicio, el mero carácter anecdótico.

Mucho más interesante es otra forma de relación entre la literatura y la antropología criminal, esta vez surgida de la pluma de científicos y no de dramaturgos o literatos. En el debate sobre la imposibilidad de trasplantar a España el naturalismo francés —dado que éste era un producto local y extranjero, incompatible con el «alma» española—, hubo algunos naturalistas, como López Bago que, precisamente para enraizar su movimiento, reclamaron su filiación genética con la novela picaresca, género este al que no podía considerarse más que eminentemente hispánico<sup>54</sup>. Partiendo de conocimientos muy diferentes, habrá también científicos que se ocupen del pícaro y la picaresca, si no como un atavismo, sí como un rasgo permanente de «psicología colectiva» o como una condición adaptativa de vida igualmente propia del español. El médico criminólogo, evolucionista y seguidor de los principios de la escuela lombrosiana, Rafael Salillas, a partir de su conocimiento exhaustivo de la realidad penal española (que muestra en *La vida penal en España*, 1888), se centrará en un amplio proyecto de estudio, dentro del cual llegará a publicar dos libros sobre *El delincuente español*<sup>55</sup>, dedicados uno a la jerga particular de los grupos criminales y en concreto a la «germanía» (asociación delincuente y lenguaje marginal) y otro específicamente a hacer una especie de antropología de la picaresca española: su origen, actividades y grupos delincuentes y carcelarios, conductas y manifestaciones culturales del pícaro<sup>56</sup>. En estas obras, Salillas, más que al uso de las técnicas morfológicas y craneo-

<sup>52</sup> MARISTANY (1973), p. 101.

<sup>53</sup> MARISTANY (1973), pp. 92-96.

<sup>54</sup> FERNÁNDEZ (1996), pp. 112-114.

<sup>55</sup> SALILLAS, R. (1896), *El delincuente español: el lenguaje (Estudio filológico, psicológico y sociológico)*, Madrid, Librería de Victoriano Suárez; SALILLAS, R. (1898), *El delincuente español: hampa (Antropología picaresca)*, Madrid, Librería de Victoriano Suárez.

<sup>56</sup> GALERA, A. (1991), *Ciencia y delincuencia*, Sevilla, CSIC, pp. 53-95.

métricas características de la escuela italiana, dirige su positivista acopio de datos empíricos hacia una observación más amplia —más etnográfica— de la realidad ambiental de las clases pobres y la delincuencia, que se completa con el uso masivo de fuentes literarias concretas, como el género picaresco. Por otro lado, la influencia de la sociología organicista de Spencer le va alejando del morfologismo excesivo de los lombrosianos y haciéndole ver al delincuente como un tipo social que debe incluirse en una tipología más amplia, como parte del estudio comparativo de las estructuras sociales y su evolución<sup>57</sup>. La clasificación de estos grupos delincuentes se hace en función de su medio ambiente, de manera que tanto el ladrón como la prostituta y el mendigo tienen en común su parasitismo social y, a su vez, resultan comprendidos en un grupo más amplio, que sería el del «nomadismo».

La influencia de la escuela italiana se aprecia también en otro sentido en las obras dedicadas al hampa por Rafael Salillas. Ferri, Garofalo y Niceforo ya habían hecho clasificaciones uniendo tipo de criminalidad y «carácter» o idiosincrasia propia de cada nación<sup>58</sup>. Siguiéndolos, Salillas busca las causas de la permanencia en España del «nomadismo» como sistema en las condiciones ambientales (por ejemplo, el tipo de suelos que determina la pobreza agrícola) y en las sociológicas (falta de clases medias), además de contar también con un origen fisiológico, que establecería en el hambre atávica que ha padecido el país. Del examen minucioso de la literatura picaresca obtiene Salillas la conclusión de que la clase de delincuente pícaro y rufianesco que retrata sería el estado de criminalidad correspondiente al tipo de sociedad «normal» o constitucional española; es decir, la desviación hacia formas delincuentes del modo de ser colectivo normal del español<sup>59</sup>. De la misma manera, las manifestaciones culturales de este tipo de delincuentes estarían basadas en la raíz de la «cultura» normal o general que caracteriza a todo el país. Refiriéndose a la jerga profesional delincuente —que es el tema de su libro— dice Salillas:

[...] así como la personalidad del delincuente no se puede sustraer al tipo de la raza, la jerga, ni filológicamente ni ideológicamente, se puede sustraer al tronco de la lengua madre. Sus formas filológicas [...] se encuentran en la lengua originaria,

<sup>57</sup> NÚÑEZ RUIZ, D. (1975), *La mentalidad positiva en España: desarrollo y crisis*, Madrid, Túcar, pp. 247-249.

<sup>58</sup> CARO BAROJA, J. (1985), *Los fundamentos del pensamiento antropológico moderno*, Madrid, CSIC, pp. 155-159.

<sup>59</sup> ORTIZ, C. (1999), Ideas sobre el pueblo en el imaginario nacional español del 98. En NARANJO, C. y SERRANO, C. (eds.), *Imágenes e imaginarios nacionales en el Ultramar español*, Madrid, CSIC-Casa de Velázquez, pp. 35-37.

ya en el léxico académico, ya en el léxico vivo en las distintas zonas que caracterizan el desarrollo de esa lengua. Sus formas representativas obedecen a un modo de vivir y a un modo de sentir determinantes<sup>60</sup>.

Entre los escritores de la generación del 98 es conocida la influencia de ciertas ideas extendidas por toda Europa que entroncan con la denominada «psicología de los pueblos» y, dentro de esta consideración, se repiten las metáforas en las cuales se traslada la idea de cuerpo enfermo o de biología — y psicología— de tipo inferior al juicio sobre la patria española<sup>61</sup>. Así, no es difícil expurgar textos literarios en que, no sólo las desviaciones y los vicios picarescos son resaltados, sino que el mismo tronco o la base general de la nación aparece ya de por sí débil o malformada<sup>62</sup>. Como ejemplo, puede valer este de Pío Baroja en *La feria de los discretos*; por cierto, puesto en la boca de un personaje extranjero, un suizo naturalizado en España:

Este pueblo, como casi todos los españoles, vive una vida arcaica. Todo tiene aquí un cúmulo enorme de dificultades [...] España es un cuerpo con las articulaciones anquilosadas; cualquier movimiento le produce dolor; por eso el país, para progresar, tendría que marchar lentamente, sin saltos<sup>63</sup>.

Otro antropólogo criminalista, perteneciente a una generación más moderna que Salillas —pero en relación directa con él a través del Laboratorio de Criminología—, que se ocupará más de los elementos ambientales y sociales del delincuente que de sus supuestos caracteres atávicos, aunque mantenga siempre una influencia grande de la escuela positivista italiana, será Constan- ciano Bernaldo de Quirós<sup>64</sup>. Uno de sus primeros libros —que está dedicado precisamente a Salillas—, firmado con el farmacéutico y novelista José María Llanas Aguilaniedo<sup>65</sup>, se ocupará de un asunto que era moda entonces en prácticamente todos los países de Europa; el estudio positivo y la descripción

<sup>60</sup> SALILLAS (1896), pp. 66-67.

<sup>61</sup> ORTIZ (1999).

<sup>62</sup> LITVAK, L. (1990b), Temática de la decadencia en la literatura española de fines del siglo XIX: 1880-1913. En *España 1900. Modernismo, anarquismo y fin de siglo*, Barcelona, Anthropos, pp. 245-258.

<sup>63</sup> BAROJA, P. (1946), *La feria de los discretos. Obras Completas*, I, Madrid, Biblioteca Nueva, p. 791. La novela, fechada en El Paular en 1905, aparece en el primer volumen de las *Obras Completas* del autor entre las páginas 647 y 804.

<sup>64</sup> ORTIZ (1999), pp. 37-40.

<sup>65</sup> BROTO SALANOVA, J. (1992), *Un olvidado: José María Llanas Aguilaniedo*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses.

del ambiente marginal y cuasi delictivo de cada gran ciudad, lo que se llamaba «la mala vida»<sup>66</sup>. El modelo para el libro de Bernaldo de Quirós y Llanas, *La mala vida en Madrid* (1901)<sup>67</sup>, fue el de Alfredo Niceforo y Scipio Sighele, *La mala vita a Roma* (Roma, 1897), que había traducido al español Llanas Aguilaniedo<sup>68</sup>. Este escritor, cuya prometedor carrera literaria quedó frustrada por problemas mentales y una muerte prematura<sup>69</sup>, aprovecha la documentación y el modo de observación que le proporcionó su primera vocación como biólogo y criminólogo (de la que dejó constancia en otras publicaciones como *Resumen de los trabajos realizados en el Congreso Antropológico Criminalista de Ginebra*<sup>70</sup>, *El alcoholismo en Sevilla*<sup>71</sup>, «El obrero y la taberna»<sup>72</sup>) en toda su producción literaria. Así, puede apreciarse la experiencia de su trabajo sobre la mala vida en la que será su última novela, *Pityusa*<sup>73</sup>, cuya heroína huye de su medio rural isleño para recalar en los bajos fondos barceloneses y posteriormente participar de la vida disoluta de París<sup>74</sup>.

---

<sup>66</sup> Sobre esta cuestión y otras tratadas en este texto se publicó, en diciembre de 2009, un número monográfico del *Journal of Spanish Cultural Studies*, 10 (4), titulado «La mala vida», con una serie fundamental de estudios, recogidos por Richard Cleminson y Teresa Fuentes: CAMPOS, R., La clasificación de lo difuso: el concepto de «mala vida» en la literatura criminológica de cambio de siglo, pp. 399-422; HUERTAS GARCÍA-ALEJO, R., Los niños de la «mala vida»: la patología del «golfo» en la España de entresiglos, pp. 423-440; FERNÁNDEZ, P., *La piedra angular* (1891) de la «mala vida»: Emilia Pardo Bazán y la crisis del derecho penal, pp. 441-459; CLEMINSON, R., Transnational Discourse on the «Mala Vida»: Male Homosexuality in Madrid, Buenos Aires and Barcelona in the Early Twentieth Century, pp. 461-483; FUENTES PERIS, T., Alcoholismo, anarquismo y degeneración en *La Bodega* de Vicente Blasco Ibáñez, pp. 485-503. Este monográfico constituye la publicación del simposio *La mala vida in the Hispanic World*, celebrado en el Department of Spanish, Portuguese and Latin American Studies, University of Leeds, en mayo de 2008.

<sup>67</sup> BERNALDO DE QUIRÓS, C. y LLANAS AGUILANIEDO, J.M. (1998), *La mala vida en Madrid. Estudio psicosociológico con dibujos y fotografías del natural*, ed. de Justo Broto Salanova, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses (edición original, 1901).

<sup>68</sup> Publicada en Madrid, Rodríguez Serra, 1901.

<sup>69</sup> CALVO CARILLA, J.L. (2002), Llanas Aguilaniedo y la renovación de la novela a comienzos del siglo XX. En LLANAS AGUILANIEDO, J.M., *Del jardín del amor*, Zaragoza, Prentas Universitarias de Zaragoza, pp. XIII-CXXIII.

<sup>70</sup> Publicada en Sevilla, 1897.

<sup>71</sup> Madrid, 1898.

<sup>72</sup> Publicada en *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, XXVII, 1902, pp. 115-122.

<sup>73</sup> Publicada en 1907.

<sup>74</sup> CALVO (2002), pp. CXVIII-CXIX.

Ya se ha hecho alguna alusión al tema de la prostitución y su explotación literaria. Pero, formando parte de este entramado de construcción a través de la ciencia de las realidades más cercanas a la naturaleza humana con el fin de controlarlas social y políticamente, está otra «moda» literaria de las últimas tres décadas del siglo XIX, de la que participarán en España, entre otros, los seguidores del «naturalismo radical». Según ella, en muchas novelas se presentan como episodios literarios —a veces sin mucha relación con la trama principal del relato— casos clínicos de patologías fisiológicas o psicológicas de carácter sexual, preferentemente femeninas, que tienen su trasunto en la abundante literatura coetánea de divulgación médica o pseudomédica sobre las conductas sexuales, normales o desviadas (ver las divulgadísimas obras de esta temática debidas a Puillet, Charcot, Proudhon, Monlau, Peratoner)<sup>75</sup>.

#### CRIMINALIDAD RACIAL: ANARQUISTAS Y BANDOLEROS ENTRE LA CIENCIA Y LA FICCIÓN

Se ha señalado el desinterés de Unamuno hacia la obra de la escuela de antropología criminal italiana, a pesar de su amistad con Pedro Dorado Montero, que puede considerarse uno de sus mejores conocedores en España. Parece que no los consideraba suficientemente serios, y, por otra parte, la pretensión de Lombroso y Nordau de clasificar a los genios como degenerados le parecería inaceptable al escritor. De muy distinta manera, la atracción que tenían los ambientes marginales para Pío Baroja sería una base para mostrar interés por la criminología, cuya plasmación más directa será un pequeño estudio titulado «Patología del golfo» (publicado en 1899 en la *Revista Nueva*) que, parodiando el método de Lombroso, divide en apartados como: concepto del golfo, etiología, síntomas, variedades, diagnóstico y tratamiento<sup>76</sup>.

No cabe duda de que el pobre, el anarquista, el criminal, son materia interesante desde el punto de vista dramático o novelesco<sup>77</sup>. El ambiente de los

<sup>75</sup> Ver, por ejemplo, ÁLVARO, L.C. y MARTÍN DEL BURGO, A. (2007), Trastornos neurológicos en la obra narrativa de Benito Pérez Galdós, *Neurología*, 22 (5), pp. 292-300. Ver, en general, sobre este tipo de producción SIMÓN (1994); FERNÁNDEZ (1997, 1999 y 2004); HUERTAS GARCÍA-ALEJO, R. (1990), El concepto de «perversión» sexual en la medicina positivista, *Asclepio*, 62 (2), pp. 101-109.

<sup>76</sup> LITVAK (1990a), La sociología criminal y su influencia en los escritores españoles de fin de siglo. En *España 1900. Modernismo, anarquismo y fin de siglo*, Barcelona, Anthropos, p. 139.

<sup>77</sup> CARO BAROJA (1979), p. 29; LITVAK (1990d), Crimen y castigo: temática y estética del delincuente y la justicia en la obra literaria del anarquismo español (1880-1913). En *España 1900. Modernismo, anarquismo y fin de siglo*, Barcelona, Anthropos, pp. 335-355.

bajos fondos, con sus componentes no sólo de criminalidad, sino, sobre todo, de marginalidad: aberraciones sexuales, picaresca e incluso sindicalismo anarquista, conforma un mundo atractivo que las ciencias y la literatura retratan en este momento de cambio de siglo con técnicas expresivas lógicamente diferentes, pero intentando en ambos casos una reproducción fidedigna a partir de la observación directa, seguramente para un público común en buena medida. Así, aparte de los ya citados, durante las décadas finales del siglo XIX se publican libros sobre esta temática de autores dedicados profesionalmente, diríamos, a este mundo: *Crímenes españoles*, de José Fernández de la Hoz y Rey (1880); *Los malhechores de Madrid* (1889), *El anarquismo en España y el especial de Barcelona* (1897) y *Los problemas del trabajo y el socialismo* (1897), de Manuel Gil Maestre, magistrado y durante un período Subdirector de Seguridad; *Fauna criminal* (1904), de Francisco de P. Alderete Vilches, delegado del Cuerpo de Vigilancia en Madrid; *Vagabundos de Castilla* (1903), de Juan Díaz Caneja, con prólogo de Bernaldo de Quirós, etc. Incluso, desde el otro lado de la cuestión, hay alguna novela de corte autobiográfico, como la publicada en 1890 por Remigio Vega Armentero, convicto de haber matado a su mujer por celos, que cuenta su historia médico-legal en *¿Loco o delincuente?*<sup>78</sup>. También las traducciones fueron muy numerosas, por ejemplo, las que hace Ricardo García de Vinuesa de varias obras del célebre jefe de policía de París, Goron: *A través del crimen*, *Hampa de París*, *Los anarquistas*, *Rabachol*, *Los vengadores*, etc.<sup>79</sup>

Un tipo de criminalidad y de criminal que se creía especialmente vinculado con el sur de Europa, concretamente con Italia y España, era el del bandolero y a analizar antropológicamente esta figura se dedican estudios importantes, como los de Bernaldo de Quirós: *El espartaquismo agrario andaluz*<sup>80</sup> (1912) y *Criminología del campo andaluz. El bandolerismo*, firmado con Luis Ardila<sup>81</sup> (1933). El aspecto evolutivo que guiaba los esquemas teóricos sobre el desarrollo comparativo de unos y otros países europeos (el norte civilizado y más moderno, el sur bárbaro y menos avanzado) no podía dejar de

<sup>78</sup> VEGA ARMENTERO, R. (2000), *¿Loco o delincuente? Novela social contemporánea*, ed. de Pura Fernández, Madrid, Celeste.

<sup>79</sup> GORON, M.F. (1901), *Las memorias de Goron, ex jefe de policía de París*, Madrid, Imp. Ricardo Rojas, 6 vols. Ver LITVAK (1990a), p. 133.

<sup>80</sup> BERNALDO DE QUIRÓS, C. (1912), *El espartaquismo agrario andaluz*, Madrid, Reus (reedición en Madrid, Revista de Trabajo, 1973).

<sup>81</sup> BERNALDO DE QUIRÓS y ARDILA, L. (1973), *El bandolerismo andaluz*, Madrid, Turner (edición original *Criminología del campo andaluz. El bandolerismo*, Madrid, Pub. de Policía Española, 1933).

estar presente en las explicaciones sobre las causas de la criminalidad y su clasificación en distintos tipos. Así pues, Bernaldo de Quirós no recurre a la tesis del atavismo ni al degeneracionismo cuando caracteriza al bandolerismo como el tipo de criminalidad que —por así decir— se corresponde con el estadio evolutivo de Andalucía en un sentido sociológico y antropológico:

[...] he comenzado a darme cuenta de lo que de étnico hay en esta forma de criminalidad de la baja Andalucía. Lejos de ser figuras patológicas o degenerativas, estos malhechores que estoy empezando a ver son tipos de raza en quienes se exageran los caracteres étnicos, lo mismo el índice cefálico que cualquier otro, sin perjuicio de las modalidades individuales<sup>82</sup>.

Sobre el método de trabajo seguido con estos delincuentes populares, que incluía desde exámenes craneométricos y fisiológicos hasta entrevistas con los reos, dejó Bernaldo de Quirós algunas notas en el capítulo quince de su libro con Ardila, donde resume las impresiones anotadas en su cuaderno de campo durante el viaje de reconocimiento de la situación delictiva realizado por Andalucía en 1911<sup>83</sup>. De un modo paralelo, Pío Baroja utiliza en su novela *La feria de los discretos* (1905) no sólo informes de personas que habían tenido contacto directo con el bandolerismo, sino sus propias impresiones obtenidas en un viaje reciente por Córdoba<sup>84</sup>.

Otro «criminal» al que también se prestó una atención simultánea por literatos y científicos fue al «anarquista», convertido en tipo socialmente peligroso por su presencia en los medios periodísticos y en la opinión pública a través de acciones regicidas, como el caso de Oliva Moncasi, o de sindicalismo violento. Como no podía ser menos, Lombroso patologiza al anarquista, incluyéndolo como un tipo entre los delincuentes atávicos y su libro, *Gli anarchici* (1894), tuvo influencia en escritores españoles importantes como Baroja —que recogió información sobre este tema y lo trató en *La dama errante*— y Azorín<sup>85</sup>. Aunque sólo durante una corta etapa de su carrera literaria, el joven abogado Martínez Ruiz se mostró proclive al movimiento anarquista y escribió dos folletos relevantes: *Anarquistas literarios (Notas sobre la Literatura española)* y *Notas sociales (Vulgarización)*<sup>86</sup>. A esto hay que unir que Azorín

<sup>82</sup> BERNALDO DE QUIRÓS y ARDILA (1973), p. 191.

<sup>83</sup> BERNALDO DE QUIRÓS y ARDILA (1973), pp. 189-209.

<sup>84</sup> BAROJA (1946); CARO BAROJA (1979), p. 27.

<sup>85</sup> CARO BAROJA (1979), p. 28.

<sup>86</sup> AZORÍN [J. MARTÍNEZ RUIZ] (1895a), *Anarquistas literarios (Notas sobre la literatura española)*, Madrid, Fernando Fe; AZORÍN [J. MARTÍNEZ RUIZ] (1895b), *Notas sociales (Vulgarización)*, Madrid, Fernando Fe.

será seguramente el escritor más informado sobre las teorías criminológicas de este momento, como demuestra en un libro muy documentado y en buena medida de carácter académico, titulado *La sociología criminal* que publica en 1899<sup>87</sup>. Si bien critica a Lombroso su estrechez de miras en la condena como conducta anómala del anarquismo en general, en *La sociología criminal* hará un repaso ponderado de las aportaciones de Lombroso, Ferri y Garofalo, sopesando no obstante que no hayan tenido en cuenta de forma suficiente las condiciones sociales ni la desigualdad económica del sistema capitalista como origen del crimen, achacado siempre a causas fisiológicas y hereditarias:

Para Lombroso no existe la sociedad; todo lo es la anatomía. No existe la lucha económica; todo lo es la Naturaleza<sup>88</sup>.

Propone, así, aunque distinguiéndose de la crítica de Tarde a la escuela italiana —que también resume— y haciendo referencia a Pedro Dorado Montero en apoyo de su idea, que en el diagnóstico y corrección del delito, más razonable que apoyarse en las ciencias biológicas sería insistir en que su base está en las estructuras sociales y rechazar toda influencia de elementos como la raza, la herencia o el ambiente en esta cuestión<sup>89</sup>. Pero, además del reconocimiento de que entre las causas del delito, y en el control político del delincuente, son los factores de desigualdad económica y social los elementos a tener en cuenta, Azorín muestra incluso dudas respecto a la demostración científica del determinismo biológico basado en las leyes de la evolución unilineal:

Si todo fenómeno es efecto de una evolución; si toda evolución es concurrencia de fuerzas elementales que producen separadamente cada una su efecto, y *si es esencial a cada una de estas fuerzas elementales no producir más que un efecto, siempre el mismo*, tendremos la predeterminación universal, la repetición universal.

Tal es la conclusión del determinismo.

Sólo que es un poco aventurado suponer que la vida universal es repeticiones. Imposible no ver que la vida universal puede ser definida como una repetición *variada*, o como una *variedad* que se repite, y que, en todo caso, «el elemento variación es inherente a la esencia de las cosas»<sup>90</sup>.

<sup>87</sup> AZORÍN (1959); LITVAK (1990a), p. 140 y LITVAK (1990d), p. 339.

<sup>88</sup> AZORÍN (1959), p. 490.

<sup>89</sup> LITVAK (1990a), pp. 142-145.

<sup>90</sup> AZORÍN (1959), p. 504. Las cursivas son del autor.

Tampoco considera que la teoría lombrosiana se sostenga en lo que denomina la «fantasía del atavismo», dado que entre los pueblos primitivos no está documentada la existencia de matanzas, robos ni pillajes como forma de conducta habitual<sup>91</sup>. Finalmente, en lo que tiene que ver con las aportaciones teóricas a la corrección del delito, Azorín se adhiere claramente a las ideas abolicionistas de la pena de muerte y otros castigos correccionales, tal y como las planteaban los pensadores anarquistas Kropotkin y Hamon.

Como es sabido, Azorín abandonó pronto estos temas para practicar otras investigaciones más puramente estéticas. Hemos visto que otros escritores como Baroja permanecen más en su atención observadora del mundo de los pobres, pero, en cualquier caso, ya en la segunda década del siglo XX, el evolucionismo, el transformismo, la polémica sobre la descendencia del mono, el criminal nato, parecían temas lejanos y, en gran parte, trasnochados. El racialismo, el asunto de la superioridad e inferioridad de unos hombres frente a otros, era la herencia de ese biologismo que había impregnado el ambiente del cambio de siglo. Tal vez por eso, después de haber leído como lo hizo a Gibbon, Gobineau y otros defensores del arianismo y de haber mantenido siempre un gran interés por la antropología desde sus tiempos de estudiante de medicina, Pío Baroja introduce en *El laberinto de las sirenas* (fecha en Rotterdam en 1923) un personaje antipático en la figura de un antropólogo, el Doctor Recalde. Durante un viaje a Nápoles, éste se encuentra con una realidad: «Este es un pueblo corrompido, y el Mediterráneo es una cloaca mefítica»<sup>92</sup>, que confirma sus teorías de superioridad de las razas septentrionales, pero que a la vez no responde a los parámetros científicos en que estas teorías se basaban, ya que la mayor parte de las personas con que se cruza son claramente braquicéfalas, en vez de tener cráneos dolicocefalos, como a su atraso y mediterraneismo correspondería<sup>93</sup>.

Lo que se ha intentado a lo largo de este texto es hacer un mero acopio de materiales, todos ellos literarios, aunque de orígenes y tendencias muy distintas, que ilustren sobre unos problemas —el libre albedrío y la determinación del destino; los orígenes de la humanidad, pero también de la desigualdad; el desarrollo y el progreso como camino necesario de perfección— que fueron considerados como de enorme trascendencia no sólo científica, sino, desde luego, ideológica e incluso política y que, por tanto, configuran el ambiente intelectual de la Europa de fines del siglo XIX y principios del XX. La idea básica de la que se ha partido para el trabajo es la de que estos elementos de

<sup>91</sup> AZORÍN (1959), p. 509.

<sup>92</sup> BAROJA (1950), p. 51.

<sup>93</sup> CARO BAROJA (1979), p. 40.

descubrimiento intelectual de la naturaleza y la sociedad moderna contribuyen, tal vez mejor que otros aspectos de la historia política o económica —con los que evidentemente están en íntima relación—, a trazar un retrato de lo que era la sociedad burguesa europea de este momento; una clase no solamente dueña de la cultura y la ilustración, sino, por eso mismo, inmensamente poderosa en todo lo demás. Los descubrimientos de las ciencias naturales pusieron delante de las clases europeas letradas unas posibilidades hasta entonces impensadas para el conocimiento y el control del mundo. A su vez, el capitalismo burgués y el colonialismo pusieron a disposición de los científicos cosas nunca vistas hasta entonces: enormes avances técnicos y sus consiguientes masas de pobres, inmensos territorios vírgenes poblados por «salvajes». La necesidad de conocer estas nuevas realidades, de experimentar con ellas, invadió así, no sólo a los investigadores, sino también a los escritores, y quizá podríamos pensar que la obra de estos últimos ha tenido efectos más duraderos.

Popularmente, el evolucionismo, como paradigma científico no sólo en biología, está fuertemente asociado con el siglo XIX. En este sentido, Caro Baroja, refiriéndose a la generación de intelectuales españoles que sucede en el tiempo a la ya «vieja» del 98 y cuyo máximo exponente es Ortega y Gasset, escribió: «Para un joven universitario español de 1925 ser evolucionista era algo equivalente a llevar sombrero de copa y levita»<sup>94</sup>. Ahora bien, el mismo Caro cuenta cómo, tras la muerte de Pío Baroja en 1956, un crítico, en un retrato póstumo y tratando de desacreditar al escritor como una figura inactual, dijo de él que era un «evolucionista» [...] «Pero resulta que cerca de cuarenta años antes de morir, en la primavera de 1918, el novelista lee en la soledad del pueblo la *Historia de la creación natural* de Haeckel [...] Y él mismo [...] señala su falta de novedad»<sup>95</sup>. Así, pues, pudiera parecer, paradójicamente, que, a pesar de su enorme continuidad temporal hasta el día de hoy, y la dificultad y la tardanza de su imposición como paradigma científico en algunos países, la novedad del darwinismo fue una cosa efímera y propia del siglo XIX, que creció junto con el primer capitalismo y el colonialismo. Jugando a los equívocos, no sólo con el tiempo, sino también con los géneros de escritura, podríamos pensar que la idea de que el hombre procede del mono fue, sobre todo, un gran hallazgo literario; el comienzo para una buena historia.

Fecha de recepción: 14 de julio de 2008

Fecha de aceptación: 5 de febrero de 2009

<sup>94</sup> CARO BAROJA (1979), p. 41.

<sup>95</sup> CARO BAROJA (1979), p. 42.